

voco. El *paniki* ofrecióse á ser mi guía, y con significativos gestos entendí que me brindaba con abundosa caza.

No es propio de nuestra obra venatoria el hacer descripción de trajes, costumbres y sitios, cuando no tienen directa relación con la caza. Por otro lado, aquella raza indígena, embrutecida, semisalvaje, vestida haraposamente y cobijada en miserables viviendas, no ofrece el menor interés, sino deplorar tristemente el estado de degradación sostenido por creencias absurdas y ridículas.

El *paniki* que nos guiaba era un hombre, mozo aún, vigoroso, de músculos de hierro y dotado de una mirada movable y cautelosa, propia del acostumbrado á registrar el fondo de los bosques.

Nos pusimos en marcha. La naturaleza ofreció pronto á nuestro paso obstáculos; la vegetación es allí tan lujuriosa, se entretajan y mezclan de tal suerte las enredaderas, adornadas de campánulas azules y de oro, con los troncos y ramas de los árboles; que se necesita gran pericia, y fuerza en el brazo, armado con hacha, para atravesar aquellos bosques, apenas pisados por la planta humana.

Ya hemos descrito más de una vez, en este libro, la hermosa decoración que ofrece aquella varia y lujuriosa vegetación de Ceylán, entregada á sus expansiones, desordenada como el deseo, alimentada por todos los jugos y líquenes, fecundada por el ardoroso sol de los trópicos, y acariciada por perfumadas brisas.

Extraño espectáculo ofrecían los tres hombres, armados con el hacha en la mano y el fusil á la espalda, tostados por el Sol, con característicos harapos el indígena, con el ajado traje de *nemrods*, que ha sufrido lluvias y las caricias de los espinos y cactus, el criado y yo.

Tras una fatigosa marcha á pie (otra era imposible) á través de la selva durante seis horas, oyendo el chillido de los monos, el brincar de los loros y papagayos, y el indefinible murmullo producido por el roce de los insectos y los mil ruidos propios de los inmensos bosques, llegamos, por fin, á un delicioso claro.

El cazador que, sudoroso y jadeante, ha llegado, tras cansada marcha, junto á un dulce y plácido arroyuelo, en que la sombra de los árboles convida al reposo, comprenderá el placer inefable que experimentamos al abordar aquel sitio.

Nuestro guía, inclinado el cuerpo, examinó detenidamente el suelo. Tras un buen rato, y cuando se hallaba al lado del arroyo, lanzó una exclamación de alborozo. Sin duda acababa de descubrir el rastro y las huellas de una manada de elefantes.

En efecto: el *paniki* vino corriendo, y con vivos gestos dió harto á comprender que estaba contento de su pericia, y que no tardaría en ofrecerme ocasión de matar algún elefante.

El claro del bosque tendría unos 1,200 metros de largo por 500 de ancho, ocupado en sus dos terceras partes por el mansísimo arroyuelo, y cercado por la lujuriosa vegetación de palmeras enanos y palmeras lianas. Algunos *coryphas* inmensos se inclinaban sobre el arroyo, enredado su tronco por plantas trepadoras, cuya suelta cabellera se reflejaba en las aguas.

Eran las cuatro de la tarde; nos tendimos sobre la mullida hierba, sacamos provisiones, que comimos con grande apetito; bebimos vino, y saciamos la sed con la límpida y rica agua del arroyo; y, después de un buen descanso, el indígena nos señaló el sitio de acecho.

Eran grandes árboles situados cerca del sitio donde se veían impresas las huellas de los paquidermos, cuyas ramas se inclinaban sobre las aguas del arroyo.

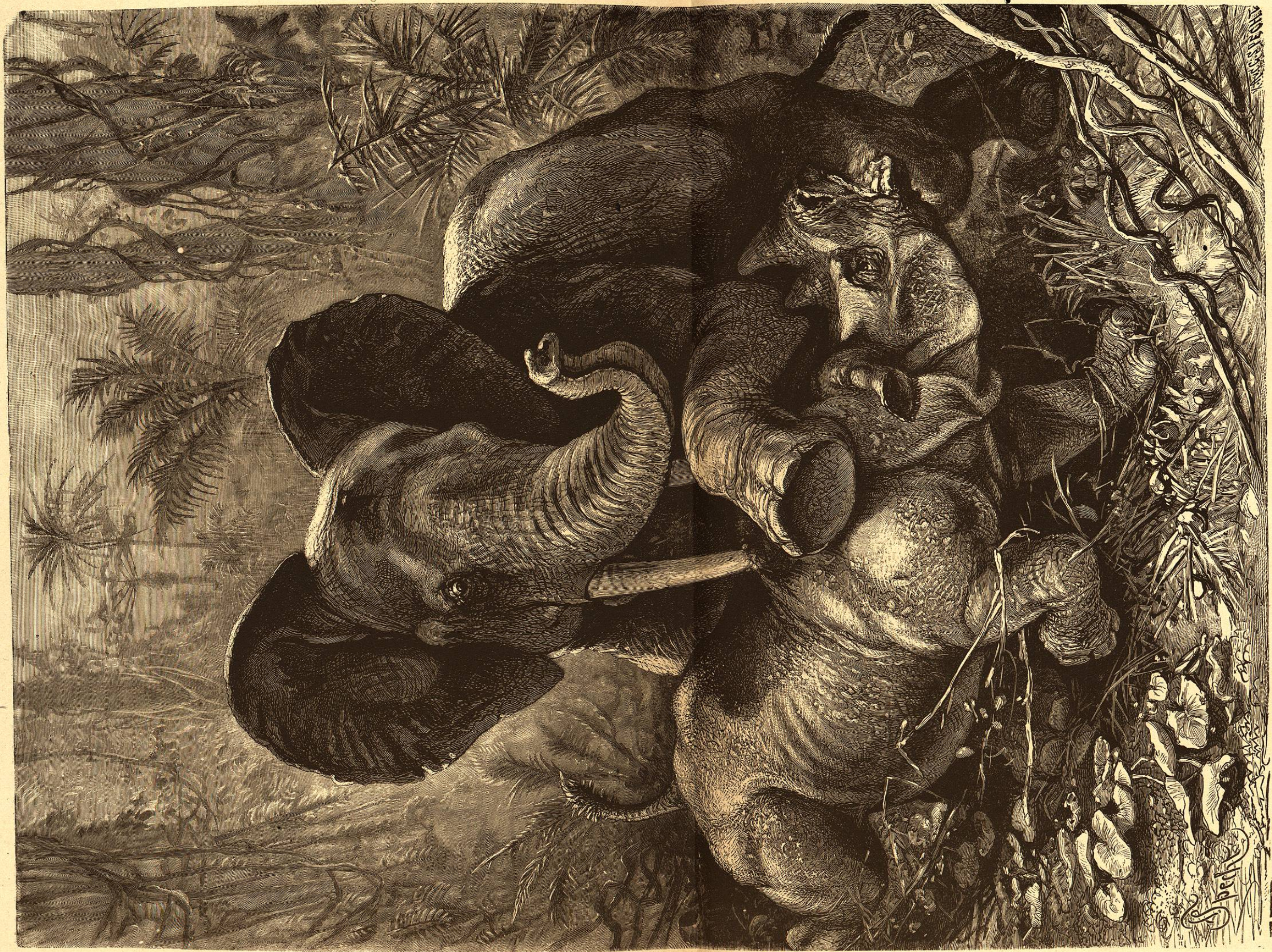
Anocheció; la Luna apareció en el firmamento, primero cual rojo fanal, y después cual disco plateado, derramando sus suaves y poéticos reflejos en las copas de los árboles, y rizando, con sus titilaciones, las mansas aguas del arroyuelo. Se oyeron los mil rumores é indefinibles ruidos que brotan del seno de las umbrías y florestas durante la noche; y encaramado yo en un árbol, estático y mudo, contemplaba, una vez más, el espectáculo siempre nuevo y sublime del día que acaba y de la aparición de la noche en aquellas regiones salvajes, en que la naturaleza se halla libre, aún, del yugo de la civilización.

Serían, poco más ó menos, las diez de la noche, cuando oí un crujido entre el ramaje, y vi aparecer entre los arbustos la cabeza de un elefante moviendo nerviosamente la trompa. Así permaneció durante algún tiempo, como si escrutara aquellos sitios, alumbrados entonces con esplendidez por los rayos del astro de la noche.

Todo estaba tranquilo: sólo se oía el canto y chillido de las aves nocturnas, y en las aguas los rumores característicos producidos por los infinitos animales que viven, cantan y mueren en los arroyos, lagos y aguas encharcadas.

La calma que allí reinaba pareció tranquilizar al paquidermo, que salió, al fin, al claro, y dió la vuelta al arroyo, examinando con inquietud aquellos sitios.

Conteniendo el aliento, y confundidos con las gruesas ramas sobre que nos hallábamos mis compañeros y yo, contemplábamos aquella escena, temiendo siempre ser descubiertos.



LUCHA DE UN ELEFANTE CON UN RINOCERONTE, POR SPECHT